

Revolución y la guerra

Intensivo en el campo

fuerza magnífica para nuestra economía. Reunión de un cultivo intensivo, en que a la voluntad consciente de su responsabilidad, se una el aporreamiento de todos sus recursos, para extraer los máximos rendimientos de sus entrañas. La socialización de la tierra, aparte de que conlleva, es uno de los factores que, técnica y mayor rendimiento. Y la tierra necesita del de la máquina, como los hombres que la trabajan, productos y artículos nacidos en la industria. La solidaridad estrecha se imponen. La unión de las varias entre sí, la unión con las organizaciones ayuda mutua son indispensables. El pequeño productor burgués o por demagogia de la socialización, la municipalización de la tierra, el ejemplo y los resultados de la explotación colectiva. La obtención de créditos y ayuda financiera, las necesidades de los campesinos, es fundamental para desarrollar la productividad de sus tierras.

Ni industrialismo exclusivo ni comunismo exclusivo: Mantengamos el necesario equilibrio

Es muy propio del temperamento meridional situarse en los extremos, hasta dentro del extremismo, y pasar de la negación rotunda a la afirmación no menos rotunda, responder más a los impulsos del espíritu dialéctico que a la razón serena y a la equilibrada noción de las cosas.

Numerosos casos ilustran esta manera de ser. Entre nosotros, uno de los actuales es la actitud de muchos compañeros con relación a la organización industrial de la producción. Hasta el 19 de julio ha predominado un espíritu comunista. La comuna libre fué una fórmula a la cual se atribuyeron virtudes sin cuento. Era la suma perfección en materia orgánica, la aspiración cumbre en cuanto a libertad, la única expresión del anarquismo. Sus partidarios la defendían con tal fanatismo que oponerle reparos implicaba parecer por lo menos sospechoso.

Semejante criterio imaginativo hacía rechazar el sindicato y a la federación de industria. Esta última sobre todo constituía la pesadilla de los más. Defenderla era peor que oponer reparos a la comuna libre, es decir, independiente desde el punto de vista económico.

La revolución está demostrando que no puede haber núcleos comunales económicamente independientes, y que la organización industrial es indispensable. Se constata la necesidad de terminar con los sindicatos de oficio, con el aislamiento local, regional y nacional en la producción. Se ve que deben crearse los sindicatos de ramo, y con los sindicatos las federaciones; que sin la conexión regional, y hasta interregional de una misma producción, todo puede irse a la deriva.

Entonces, muchos de los que defendían ayer fanáticamente la comuna libre se vuelven ahora contra ella y contra la comuna en sí, y se declaran partidarios entusiastas de las organizaciones industriales, cuanto más vastas mejor, así como de la supremacía de la técnica y la mecánica en cuanto se refiere a la vida económica.

De un extremo se salta a otro; se cae de un error en otro error. Es no sólo malo, sino conveniente enmendarse.

Las comunas, como los sindicatos, tienen un papel que cumplir. A su vez, un papel más importante — y que me perdonen los sindicalistas. — En las localidades que más profundamente se ha socializado, la comuna controla el abastecimiento de las familias. Organiza la enseñanza, los servicios sanitarios, los servicios públicos, y a pocas veces interviene en la dirección general de la producción.

Esta no es, ni puede ser, en efecto, exclusivamente sindicalista. La producción es un hecho social, que desborda el marco del núcleo productor. Lo que importa siempre, sea por entroncarse en las necesidades locales, sea por entroncarse en las necesidades de la región o de la nación. El sindicato es el organizador técnico de una producción que le es asignada por un conjunto superior a él. Este conjunto es la comuna o la federación sindical.

Cuando lo que se produce es de consumo local, justo es que la comuna pese en la distribución de la producción, que el consejo económico local indique al sindicato la conveniencia de hacer tal o cual cosa. En este caso el sindicato es un elemento constitutivo de la comuna, y está al servicio de ella.

Pero con frecuencia la producción no se coloca en el propio término municipal. Tiene, empleando un término burgués, un mercado en otras partes. Entonces deja de ser un hecho local, se integra en la vida y la circulación nacional, se coordina con la producción similar que sale también de otras partes para ser distribuida por todas las zonas del país. Aparece la necesidad de las federaciones de industria, el sindicato no es ya un engranaje de la economía local, sino un pilar en la economía nacional.

Comuna y sindicato, lo repetimos una vez más, son necesarios. En ciertos casos, localidades o actividades, uno desempeña mayor papel que el otro. En otros, es indispensable dar las proporciones para todas partes al mismo tiempo, porque la vida económica y social, así como las tendencias psicológicas de la gente son distintas en cada lugar. Pero en principio puede admitirse que el consumo, los servicios públicos, la sanidad, los transportes urbanos son ante todo funciones municipales, que deben ser orientadas y dirigidas por el organismo comunal; que los industriosos o los oficios cuya producción se consume también localmente, pueden ser orientados por la comuna, aunque técnicamente organizados por los sindicatos; o que pueden ser dirigidos conjuntamente, como ocurre en varias poblaciones importantes ya, por el Consejo Económico Sindical y el Consejo Sindical Municipal.

Y puede y debe admitirse, como va sucediendo, que todas las producciones que rebasan el marco comunal escapen a la jurisdicción del lugar y son orientadas por la Federación Industrial nacional.

Supresión de las industrias y tareas innecesarias

Es esto una exigencia tan lógica, que no precisa de argumentos. No puede ser obstáculo el problema de los que quedan sin trabajo. Hay enorme cantidad de obreros que no producen nada, cobrando jornales. Hay muchísimos que siguen produciendo cosas que ninguna necesidad imperiosa satisfacen. Hay numerosos elementos parasitarios. Todos los que consumen, gastan dinero, derrochan sin producir cosas necesarias para la guerra y la Revolución, son factores de desgaste que hacen peligrar la economía y comprometen la victoria. Hay que desplazar los brazos inactivos que resulten de la aplicación de este principio de selección forzosa, al campo, a las obras de fortificación, compensando la supresión de actividades en desmedro de la Revolución con la absorción de brazos en el trabajo útil y rentable que levante nuestra economía. Supresión de parasitismo burocrático. Supresión de fuerzas públicas innecesarias.

Se ha avanzado en la socialización, en el control, en las colectivizaciones industriales y agrícolas, de acuerdo a la mayor o menor capacidad de iniciativa y a las condiciones económicas mismas de cada caso. Repetimos que todo lo realizado es un paso, un gran paso hacia la socialización total. Basta el conocimiento de lo ya edificado, para que los trabajadores todos aceleren el trabajo que aun falta realizar. Porque su propia experiencia constructiva ha puesto término a algo que había mantenido a gran parte de los explotados en la inercia, por duda, por temor, por desconfianza en sí mismos. Este es el mérito histórico del primer paso de la Revolución, que ha de valorizarse teniendo presente el estado de guerra interior.

Máxima previsión para las contingencias de mañana

El abuso desmedido ha llevado a difíciles situaciones a nuestra economía. La falta de criterio en la previsión de una guerra difícil y larga que agotaría paulatinamente las riquezas que fatalmente nos dejaría sin determinados productos y nos enfrentaría a desesperadas tentativas de solución, ha creado un exceso de optimismo que se trató en el derroche y en la rutinaria prosecución de la vida. Se ha seguido viviendo como si no hubiera guerra y no estuviéramos en Revolución. Solamente el proletariado consciente ha obrado con todas sus energías en la producción útil. La siempre nefasta acción de la política ha alejado a muchos de la realidad. Es posible ganar la guerra y hacer la revolución, cuando hay pasión e inteligencia, audacia y previsión, espíritu de creación y responsabilidad.

Debemos prever las difíciles contingencias de mañana. Destruir en nosotros mismos la rutina. Señalar a cada paso que es la hora del supremo sacrificio. Recaltar que si no hemos sufrido hambre, pueden los días venideros llevarnos a soportarlo. Exigir un consumo estrictamente necesario. No esperar que el ejemplo lo den desde arriba o desde los sectores de la política demagógica. Una guerra y una revolución se ganan cuando el pueblo cumple con su deber. Hagamos carne en nuestra conciencia, la absoluta necesidad de vencer, aunque debamos sufrir todos los azotes.

[Previsión!]

Gran parte de los trabajadores, elementos valiosos que en la retaguardia hubieran prestado concurso incalculable, han caído en la batalla, están en los frentes de guerra, ocupan puestos de responsabilidad que les privan entregarse íntegro a la labor en la fábrica o en el campo. Seis meses de esfuerzo han borrado, para siempre, parte de lo que en nuestra guerra libertadora, el mito de la incapacidad popular, de la falta de espíritu y potencialidad constructiva de los hombres que tuvieron sobre sus espaldas el látigo burgués, el castigo y la amenaza del polizón. Obreros y campesinos, anarquistas y no anarquistas, han creado los elementos apropiados, sin esperar decretos oficiales, movidos por su propia inteligencia, apenas se incautaron de los medios de producción.

Distribución equitativa

Nuestra revolución es de carácter social. Aspira a establecer un sistema de convivencia en que se satisfagan las necesidades de todos. Quiere materializar el gran principio del comunismo, según el cual las necesidades serán el factor determinante del consumo, puesto que la diferencia de retribución que existe en el régimen capitalista del salariado, no tiene fundamento racional ni base moral que resistan al más leve análisis. La guerra ha impuesto una fase transitoria en que subsisten los salarios, los privilegios, las diferencias entre los mismos trabajadores. En que hay funcionarios de altos sueldos, en que todavía el dominio del dinero permite gozar a los privilegiados. Mientras no cambien las circunstancias, hay que acercarse lo más posible al principio igualitario. La guerra, con sus sufrimientos, con sus sacrificios, con sus desastres, hace más imposible día a día el sostenimiento de irritantes desigualdades. La Revolución debe distribuir los resultados del esfuerzo de todos, en forma equitativa, debe terminar con el derroche, debe implantar un racionamiento estricto de los productos y artículos de primera necesidad que escasean, debe establecer un salario familiar, como paso primero en el sentido de la economía comunista. Vivimos momentos de sacrificio. Hay que repartirlo entre todos, y gozar todos de cuanto se puede gozar en la época de guerra que vivimos.

LA REVOLUCIONARIA

comprendida requiere el esfuerzo inteligente de todos los trabajadores contra el fascismo y por la Revolución. Se ha realizado sólo una transformación. La economía presenta dificultades durante la guerra. La edificación de la nueva sociedad debe cumplirse en la Revolución: la clase productora, los obreros, los campesinos, y de los resultados obtenidos, de las posibilidades y de la exigencia inmediata: LA SOCIALIZACION, a través de las directoras y gestoras directas de la nueva economía. Para lograrlo, el conjunto converge a cimentar nuestra Revolución. Damos aquí, de los aspectos de nuestra misión actual en lo que a la solución del problema económico respecta.

burguesía de los anarquistas? ¿Qué no hicieron contra de todos los bandos políticos, quisieron destruir? ¿Qué no se hizo de arriba y desde al lado, para nosotros, como "casos patológicos", como elementos negativos, ser obra fecunda, a pesar de que toda nuestra propaganda cumplían una misión positiva y fecunda de preparación de los revolucionarios? La constante fué la fuerza impulsora de la misma. Hemos llegado así a la hora de la reivindicación del anarquismo, cumpliendo la etapa que el proletariado unido como enseñanza. La confirmación de nuestra tesis en de lo que podemos hacer en medio del pueblo.

Organización del trabajo útil

de la Revolución son sumamente difíciles. Por magnitud del esfuerzo debe ser más grande. Media la planta fascista. Estamos casi bloqueados por la guerra, cuyo fin es difícil vencer para consumir mucho, muchísimo. Aun, después de nuestra victoria, precisaremos multiplicarnos en la actividad. Debemos alzar al más alto nivel nuestro trabajo. Debemos llevar a una concreta necesidad, como la muerte para nuestra causa: AUMENTAR LA DEL TRABAJO, EN TODO CUANTO INTERESE Y A LA ECONOMÍA REVOLUCIONARIA. Ante todas las riquezas naturales de nuestro suelo, de Minas, ríos, tierras, todo debe ser trabajado con vigor y con pasión. El campo, la mina, la fortificación de defensas y vías de comunicación, deben que se pueda. Las industrias útiles, de acuerdo a lo que exista de materias primas y de elementos técnicos. Al trabajo útil, resultado de una sesión a nuestra etapa actual, hay que dar todos los esfuerzos, todos los sacrificios.

del lugar y son orientadas por la Federación Industrial nacional.

Ni industrialismo exclusivo ni comunismo exclusivo. Armonía, cuando no fusión, de uno con otro.

Señalamos ahora otro peligro del extremismo industrialista en el cual se está a veces cayendo.

Al haberse convencido de que la unidad de la economía es un hecho indiscutible, ciertos compañeros reclaman la constitución de tres o cuatro federaciones, solamente para todas las industrias. Otra vez se salta de un extremo a otro. Evitemos las inclinaciones de elementos dispares, la economía económica y la centralización. La producción de carbón, la extracción de minerales, la alimentación, la metalurgia, la producción química, la producción de tejidos, el transporte, la construcción y otros son industrias tipos que no pueden dividirse. Y pasamos de tres o cuatro federaciones.

Asimismo debemos tener en cuenta el factor político y psicológico. Es cierto que la fabricación de tejidos y la confección de vestimenta responden a un mismo fin y constituyen dos fases de una misma obra. Pero al haberse decidido la reunión de ambas industrias en un mismo organismo, se creará una federación mastodóntica por el número enorme de obreros que se dedican a estas dos actividades. Y hay que evitar desproporciones que pueden dar a ciertos organismos un peso decisivo o excesivo en las relaciones del futuro.

Esta misma razón nos mueve a opinar sobre un caso planteado recientemente en Barcelona entre el sindicato de la madera y el de construcción. Al tratarse del reajuste industrial de los sindicatos, después de un estudio serio y profundo hecho por la Federación local barcelonesa, se planteó el problema de los carpinteros de obra. El sindicato de la madera expuso que si éstos eran asimilados al de construcción, perdía la mayoría de sus fuerzas, y un federación que está constituyéndose por toda Cataluña quedaría tan escuálida que no tendría casi razón de existir. El indicaba como solución, sea la integración completa de la Federación de la Madera en la de Construcción, sea que se la dejara tal como se está formando.

En la asamblea del Sindicato de la Construcción, a la cual asistimos, varios compañeros opinaron que, al trabajar directamente para la construcción del edificio, los carpinteros de obra deben formar parte de la Construcción, no así los ebanistas o los toneleros, cuya función es distinta.

Reconocemos haber señalado, precisamente, que el carpintero de obra no es independiente del albañil, indicando con este hecho que debían pertenecer a un mismo organismo. Pero el problema planteado tiene su importancia innegable.

Técnicamente, es así. Sin embargo, no todo puede ser enforado desde el punto de vista técnico cuando tratamos de problemas humanos, y en fin de cuenta la producción se hace por los hombres, y para los hombres.

Puede afirmarse que la industria de la madera — y tomamos el caso, no por ella en sí, sino ante todo como ejemplo típico — justifica su existencia propia. Si la justifica, es sensato procurar que no sea reducida en proporciones minúsculas. Debe atenderse a un cierto equilibrio de potencialidad y actividad creadora, evitando desbalances chocantes y de probables repercusiones económicas y políticas. Debe evitarse también en tales circunstancias la absorción más o menos forzosa de una actividad por otra, aunque la justifiquen razones prácticas de carácter material.

Técnica, sí. Pero armonía también. Entre los hombres, sus obras, sus agrupaciones. No lo olvidemos. En la armonía hay espíritu. En la técnica, no. Evitemos el mecanicismo cerrado después de haber negado la parte relativa que la vida impone. Conservemos el equilibrio de las cosas, para hacer llevar nuestra obra de reconstructores, y no crear obstáculos que sería necesario derribar después de pérdidas de tiempo y rocas desagradables.